

representación de esos personajes, denuncia las ramificaciones del problema y, en oportunidades, ofrece soluciones para mejorar esas vidas. Pero, a la vez, indica que socialmente estaban ocurriendo cambios que modificaban las conductas y las formas de pensar, como sucedía con el comienzo de la industrialización en Ambalema. Todas esas circunstancias requerían de una mejor legislación que frenaran la manipulación de las leyes y la impunidad que estimulaba la violencia que se ejercía contra las mujeres y que finalmente las conducía a la prostitución como medio de subsistencia.

El artículo de Juliana Castro Torres “El lenguaje integrador en *Manuela*: una propuesta incómoda”, se suma a varios de los otros artículos que intentan responder las causas que relegaron la escritura de Díaz Castro a un segundo lugar. En él, la autora estudia la propuesta de lenguaje que se encuentra en la novela, hecho que afectó la recepción del texto, así como el horizonte de expectativas de los primeros lectores de *Manuela*. Este grupo estaba formado por los mismos escritores que colaboraban en los periódicos del momento y que tenían una participación activa en la vida pública del país; receptores que posiblemente buscaban leer textos que se adscribieran a las normas que ellos querían para la nueva nación, que tuvieran raíces europeas y por tanto tendieran a promover la civilización. Sin embargo, en esa ficción, la voz narrativa es citadina y “letrada con un amplio conocimiento de la literatura de occidente”, pero a veces emplea aspectos del habla oral, y cede constantemente la voz a los personajes, con lo cual se ofrece un amplio repertorio de expresiones y maneras de comunicarse de la gente del campo. Esta pluralidad de voces cuestiona la idea de una forma de hablar “correcta”, haciendo borroso el límite entre el lenguaje de la letra y el de la oralidad. Hechos que llevaron a los primeros lectores a considerar que Díaz Castro carecía de estilo para escribir. Estas ideas que la crítica posterior repitió, carecen de fundamento cuando se analizan detenidamente los capítulos iniciales que se publicaron en vida del autor.

Con este grupo de artículos se ofrecen nuevas lecturas tanto sobre Eugenio Díaz Castro como sobre *Manuela*, texto con el cual su autor solidifica la novela como género y abiertamente impulsa la novelística colombiana en el siglo XIX al inscribir su obra dentro del Realismo de medio siglo, mediante su estilo de escritura sin adornos y directo, su representación de las diversas clases sociales, su meticulosa observación de los detalles y la cuidadosa importancia de la documentación de causas y efectos, para leer tanto la situación de la sociedad como la complejidad de la interacción de las formaciones culturales que intervenían y se entrecruzaban en esa época de la historia colombiana.

EL REALISMO DE MEDIO SIGLO EN *MANUELA* (1858) DE EUGENIO DÍAZ CASTRO: REVISIONES DE LA HISTORIA Y DE LA CRÍTICA LITERARIAS COLOMBIANAS*

Flor María Rodríguez-Arenas
Colorado State University

Recibido: 23/03/2011 Aceptado: 13/04/2011

Resumen: Díaz Castro, basándose ideológicamente en el socialismo democrático y cristiano de los utopistas franceses, caracterizado por un humanitarismo profundo, que seguía un sector de los liberales, y recibiendo las influencias literarias de Balzac, de Dumas y de Eugène Sue, especialmente en *Los misterios de París*, adscribió *Manuela* al Realismo al representar vívidamente la cotidianidad neogranadina haciendo una cerrada defensa de los oprimidos; con esto buscaba soluciones para las injusticias y el desequilibrio general e intentaba crear conciencia para promover un cambio social.

Palabras clave: Eugenio Díaz Castro, *Manuela*, Liberalismo, Socialismo, Realismo, Eugène Sue, *Los misterios de París*.

* Este artículo se realiza en el marco del proyecto de investigación: “Literatura y Sociedad en Hispanoamérica” dirigido por Flor María Rodríguez-Arenas de Colorado State University, Estados Unidos.

MID-CENTURY REALISM IN EUGENIO DIAZ CASTRO'S *MANUELA*: REVISIONS OF THE LITERARY COLOMBIAN HISTORY AND CRITIQUE

Abstract: Díaz Castro ascribed *Manuela* to (literary) Realism by vividly representing Neogranadine (New Granada's) daily life and assiduously defending the oppressed. To bring about this, he ideologically based his novel on the Christian Democratic Socialism of the French utopians, characterized by a profound humanitarianism that a group of liberals practiced. Additionally, he visibly assimilated literary influences from Balzac, Dumas and in particular Eugene Sue's *The Mysteries of Paris*.

Key Words: Eugenio Díaz Castro, *Manuela*, Liberalism, Socialism, *Realism*, Eugène Sue, *The Mysteries of Paris*.

LE RÉALISME DE DEMI-SIÈCLE EN *MANUELA* (1858) D'EUGENIO DIAZ CASTRO: RÉVISIONS DE L'HISTOIRE ET DE LA CRITIQUE LITTÉRAIRES COLOMBIENNES

Résumé : En représentant soigneusement la vie quotidienne des sous-prolétaires en Nouvelle-Grenade, Díaz Castro a situé *Manuela* dans le mouvement littéraire du Réalisme. Pour effectuer ceci, il a basé le roman sur les idées du socialisme, caractérisé par des tendances humanitaires, trouvées dans les utopies françaises des démocrates chrétiens. De plus, il a été visiblement influencé par Balzac, Dumas, et Eugène Sue, notamment dans *Les mystères de Paris*.

Mots clés : Eugenio Díaz Castro, *Manuela*, Libéralisme, Socialisme, Réalisme, Eugène Sue, *Les Mystères de Paris*.

“Celebro la noticia como amante de las ideas liberales”
Eugenio Díaz Castro

1. Introducción

Cuando el grupo de intelectuales, que fueron parte de los hechos sociales y políticos que se produjeron en la Nueva Granada entre 1845 y 1870, emplearon la traducción que los españoles habían efectuado para la palabra “*moeurs*”¹ del francés

¹ En París en 1847, en un artículo sobre Larra y Mesoneros Romanos ya se afirmaba: “España, y es de las más curiosas contradicciones del espíritu peninsular, se acomoda muy bien con estas falsificaciones de lo extranjero, a

(titulando sus obras con el calificativo “de costumbres”), no podían anticipar que la historiografía y la crítica literaria colombianas encasillarían férreamente como “costumbristas” esas producciones de ficción, sin tener en cuenta ni las influencias ni los modelos literarios a los que ellos adscribieron sus textos, como tampoco las características estéticas que los constituyen.

Ese grupo de escritores liberales del medio siglo vincularon sus inquietudes intelectuales y las formas narrativas de sus empresas ficcionales a los cambios sociales y literarios que sus novelas atestiguan; de ahí que su referente fuera el estudio sagaz o el retrato indiscutible de su sociedad contemporánea, y el desciframiento de los mecanismos sociales constituyentes; es decir: el mundo familiar para los lectores de la época formaba las escenas de las novelas; el espacio narrativo conceptualizado lo constituía el lugar que habitaban o conocían y las situaciones sociales, las que se vivían; por eso, se privilegiaba el desencanto de la realidad como resultado de la explicación social y científica, el debate público nacional, la mezcla de gente dispar con sus formas de hablar y sus gustos y el conglomerado de cosas heterogéneas trabajadas por las amplias búsquedas sociales, que habían convertido al pueblo en protagonista político; por lo que denunciaban los desequilibrios sociales producto de la explotación y el abuso que originaban el crimen y la miseria.

Uno de estos escritores fue Eugenio Díaz Castro, a quien gran parte de la historiografía literaria colombiana lo ha señalado como escritor conservador y carente de aptitudes literarias; además, por periodos se ha relegado su labor escritural. Para comenzar a dilucidar algunas de las circunstancias que plagan las concepciones que se tienen hasta el momento sobre la producción de Díaz Castro (escritor de avanzada, sagaz lector y fuerte crítico de la sociedad de su tiempo), se requiere tanto de un entendimiento del clima intelectual que se vivía en la Nueva Granada, como de un acercamiento a las circunstancias personales del autor dentro del contexto neogranadino en la época en que escribió y publicó *Manuela*; así como al desciframiento de las influencias y modelos literarios y a la comprensión de las características estéticas del discurso con las que el escritor estructuró su obra cumbre. De este modo, se podrán entender los rasgos que la constituyen y la escuela literaria a la que se adscriben; datos que aportan una visión clara de la ideología que poseía este autor.

condición de que el extranjero finja no percibirse. Este nacionalismo intolerante que salta a cualquier palabra de influencia francesa copia servilmente, desde nuestros modos y nuestras comedias ligeras hasta nuestras autoridades históricas y nuestras clasificaciones de partido, todas las manifestaciones de la vida exterior de Francia. Todo, excepto las condiciones morales de las que son el reflejo. Aquí, como en los informes del individuo al estado, el genio español percibe únicamente el lado palpable de las cosas. Esto es tan verdadero, que no hay término, por ejemplo, entre nuestros vecinos que responda a la acepción psicológica de la palabra *moeurs*: el español traduce *moeurs* por costumbres, hábitos, reproducción de tal hecho material. Este préstamo superficial adaptado mal que bien al arcaísmo batueco, debe producir, lo concebimos, acoplamientos encontrados de incoherencias barrocas que Larra nos ayudará a vislumbrar” (D’Alaux, 1847: 230) [Todas las traducciones son nuestras].

2. El contexto político-social de la Nueva Granada

El clima político neogranadino de la década anterior a la escritura y al comienzo de la publicación de las obras de Díaz Castro lo marcaron varias circunstancias: La administración de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) comenzó una serie de cambios para modernizar el Estado, entre ellos la contratación de extranjeros especializados en diversas áreas científicas y técnicas; además, en ese gobierno se aspiró a la creación del Banco Central y del Colegio Militar, y se adquirieron cinco mil libros en Europa destinados a la Biblioteca Nacional.

No obstante el impulso en ese sentido, al ponerse en funcionamiento el plan trazado por Mariano Ospina Rodríguez en la educación universitaria que establecía la disciplina entre los estudiantes, el retorno de la influencia del clero en la educación superior, la centralización del currículo y la eliminación de autores de éste (Bentham, Destut de Tracy), esa administración tuvo éxito parcial en la formación de una juventud conservadora, pero fue abiertamente rechazada por los nuevos jóvenes liberales (Helguera, 1958: 168-178; Martínez 2001: 53-63; Samper 1881: 102).

La elección de José Hilario López (1849-1853), sucesor de Mosquera en el gobierno, dio pie a una serie de cambios liberales: “libertad de cultos, abolición de la prisión por deudas, libertad total de prensa, libertad de enseñanza, expulsión de los jesuitas, abolición de la esclavitud y abolición de los resguardos indígenas” (Martínez 2001: 66). Así mismo, se intentó reducir el poder de la Iglesia y descentralizar el gobierno; al mismo tiempo, se eliminaron los monopolios del estado sobre el tabaco y la sal y se disminuyó la fuerza pública a 2.500 hombres; también se instituyó el matrimonio civil, se instauró el sufragio universal masculino y se reconoció el derecho de cada provincia a diseñar su propia constitución (Martínez 2001: 66).

Los artesanos se habían agrupado y en 1846 habían fundado la Sociedad de Artesanos, que en 1848 cambió el nombre a Sociedad Democrática de Artesanos;² cuya mayor preocupación era lograr una protección para sus industrias. Al mismo tiempo, las divisiones políticas originaron la fundación del partido liberal colombia-

2 “La *Sociedad Democrática* en Bogotá, creada en 1848, fue invención de varios *Lopiztas*, entre ellos José María Vergara Tenorio (joven de gran capacidad, considerable instrucción y mucho valor moral) y Fernando Conde que redactaban *El Aviso*, Ricardo Venegas, redactor de *La América*, y otros liberales entusiastas, a quienes pareció conveniente mover las masas populares por medio de los artesanos, con el fin de hacer triunfar la candidatura del General López. Los artesanos de Bogotá, en su gran mayoría, habían sido hasta entonces gobiernistas, mejor dicho, materia disponible para servir como soldados y sufragantes al Gobierno, bajo influencia de los jefes y capitalistas conservadores y del clero. ¿Cómo sustraerles a esta influencia y ponerles del lado del liberalismo? Se creyó que lo más eficaz para este fin era halagar sus pasiones (porque *ideas* no tenían), hablándoles de *emancipación, igualdad y derechos* (jamás de deberes), y su amor propio, con la perspectiva de convertirse ellos, a su vez, en una potencia política y social, mediante la asociación permanente de sus unidades dispersas” (Samper, 1881: 189-191).

no en 1848 y la del partido conservador³ en 1849; sufriendo el liberal poco tiempo después, una escisión entre gólgotas y draconianos. Los primeros eran los radicales, grupo conformado por la élite económica, social y política del partido; promovieron muchos de los cambios políticos del momento y quisieron establecer el libre cambio. Mientras que los segundos eran moderados, deseaban una institución castrense fuerte, buscaban la preservación de los privilegios sobre las tierras baldías, eran partidarios de la pena de muerte, sostenían el poder del gobierno y poseían intereses proteccionistas.⁴ Los miembros de ambas facciones liberales se acercaron a los artesanos para conseguir votos para sus elegidos; pero al poco tiempo, los gólgotas se separaron de ellos. La vida política de los draconianos como partido fue muy corta, entre 1850 y 1854, extendiéndose máximo hasta 1856, al punto que para 1860, eran apenas un recuerdo político (Llano Isaza, 2005: 40).

Para 1853, los grupos de artesanos comprendieron que sus intereses no eran los de los draconianos, porque estos no habían cumplido con las promesas de elevar el arancel aduanero y del proteccionismo. El general José María Melo⁵ derrocó el 17 de abril de 1854 el gobierno liberal de José María Obando, quien se negó a aceptar el mando supremo que el primero le ofreció. El ejército proclamó a Melo, quien asumió la dictadura y se mantuvo en el poder hasta diciembre del mismo año. Ese golpe de estado había comenzado con el grito que Melo había dado de “¡Abajo los gólgotas!” y contó con el apoyo de los artesanos. Como reacción, gólgotas, draconianos y conservadores unieron sus fuerzas para retomar el control del gobierno; lo cual sucedió en diciembre del mismo año (Martínez Garnica, 2005: 605-618).

En lo social, además de que se habían iniciado las expediciones de la Comisión Corográfica⁶ y se difundían los trabajos que sus miembros producían comenzando

3 Sobre los conservadores de la época se ha dicho: “El conservatismo, podía, sin embargo, exhibir una lista bastante extensa de notabilidades que había figurado desde siempre en posiciones más o menos importantes dentro del gobierno o a las que distinguía cierta celebridad local. Entre ellos figuraban Eusebio Borrero, Joaquín Barriga, Mariano Ospina, Manuel María Mosquera, Ignacio París, Eusebio María Canabal, Juan de Francisco Martín, José Joaquín Gori y Rufino Cuervo” (Colmenares, 1997: 101-102).

4 Entre los draconianos se contaban: Lorenzo María Lleras, José Antonio Gómez, Francisco Antonio Obregón, Ramón Mercado, Lisandro Cuenca, Rafael Eliseo Santander, Juan Francisco Ortiz Rojas, Patrocinio Cuéllar, Vicente Lombana, Joaquín Pablo Posada y otros (Llano Isaza, 2005: 10).

5 El 29 de marzo de 1854, se acusó a Melo, Comandante General de la fuerza armada de Bogotá, del asesinato del cabo Pedro Ramón Quirós en el cuartel de caballería de Bogotá; de ser hallado culpable sufriría la pena de muerte. Ese mismo día, las cámaras legislativas comenzaron la destrucción de la institución del Ejército permanente y la abolición de la carrera militar. Esto significaba que Melo, militar de honrosa carrera, quedaría sin puesto y posiblemente arrostraría graves cargos; situaciones que pesarían fuertemente en su decisión de dar el golpe de estado (Cordovez Moure, 2006: 223; Camacho Roldán, 1892: 112).

6 “Entre enero de 1850 y febrero de 1859 el territorio de la Nueva Granada fue sometido, por primera vez, a estudio geográfico sistemático. Durante nueve años la Comisión Corográfica, dirigida por el geógrafo militar

a divulgar aspectos físicos, políticos, económicos y culturales sobre el territorio neogranadino y su gente; en 1851 se había abolido definitivamente la esclavitud; pero los terratenientes que empleaban la mano de obra campesina continuaban ejerciendo prácticas que perpetuaban las formas de sujeción extraeconómicas. Los hacendados del territorio seguían practicando de diversas maneras el concertaje.⁷ En las haciendas de la Sabana de Bogotá, los trabajadores que vivían en ellas debían prestar servicios de ordeño, vaquería, siembra y trilla de trigo y cebada (Kalmanovitz, 1992: 248-249). Además, existía un alto grado de sumisión de los arrendatarios hacia los dueños de la tierra, tanto por la dependencia económica, como por los mecanismos de coerción que los últimos empleaban (Kalmanovitz, 2003: 149-150).

En las haciendas paneleras del Sumapaz: “La explotación que ejercían los terratenientes era mucho más despiadada y sin el paternalismo y las pretensiones aristocráticas que caracterizaba a los hacendados de la Sabana de Bogotá” (Kalmanovitz, 1992: 249). El principal elemento que prevalecía entre terrateniente y campesino era la renta y la coacción externa (Kalmanovitz, 1992: 253). Mientras que para las haciendas tabacaleras como en Ambalema, los apareceros que recolectaban el tabaco, trabajaban en pequeños terrenos propios o arrendados, pero debían vender toda su cosecha al terrateniente a un precio que representaba el 30% de ganancia para el hacendado (Kalmanovitz, 2003: 159). Estas formas de producción eran un elemento de coacción, residuo del concertaje que provenía del sistema colonial, en que existían derechos desiguales y obligaciones sin contraprestación alguna por parte de los terratenientes.

3. La sociabilidad y los cambios en el imaginario colectivo neogranadino

Dadas las circunstancias sociales y políticas que ocurrieron a mediados del siglo XIX, se incrementaron las asociaciones públicas. Los artesanos estaban

italiano Agustín Codazzi, visitó la mayor parte de las regiones habitadas del país, llevando registro de sus características geográficas y topográficas, así como de sus recursos naturales, sus industrias y sus condiciones sociales. Fue ésta una empresa de proporciones heroicas. Codazzi recorrió más de 50.000 kilómetros por un territorio virtualmente desprovisto de caminos, y confrontando las formidables dificultades de los Andes colombianos, o los peligros de la selva tropical, estudió un área cercana a un millón de kilómetros cuadrados, equivalente a la actual superficie conjunta de Francia, Alemania y Portugal” (Sánchez, 1999: 17-18).

7 El concertaje o mita: “Lo predominante en esta relación residía en la obligación laboral de los mitayos a prestar el servicio, impuesta institucionalmente por una combinación de autoridad ancestral, cepo y autoridad real y, finalmente, adoctrinamiento religioso. No hay entonces nada en este tipo de explotación que se asimile al capitalismo (...). Ni existe, en consecuencia, ninguna razón para ver en el mitayo el antecedente del moderno proletario. / Mientras subsistió, la mita cobró importancia en la asignación de la decreciente fuerza laboral del indígena., siendo especialmente favorable para el desarrollo de las haciendas” (Kalmanovitz, 2003: 44).

agrupados y tenían al principio un fin educativo. Posteriormente, los jóvenes liberales radicales formaron la Escuela Republicana;⁸ pero como reacción, los jóvenes conservadores establecieron la Sociedad Filotémica,⁹ cuya inauguración se hizo el día del natalicio del Libertador, el 28 de octubre de 1850, en la Quinta de Bolívar. Asimismo, para contrarrestar el creciente poder de las Sociedades Democráticas, miembros del partido conservador habían fundado la Sociedad Popular y de Instrucción Mutua y de Fraternidad Cristiana, agrupación que también incluía a diversos artesanos.¹⁰ Mientras que “las señoras conservadoras formaban en la Sociedad del Niño Dios, presidida por la señora doña Gabriela Barriga de Villavicencio, viuda del ilustre prócer, y por el presidente honorario don Mariano Ospina” (Cordovez Moure, 2006: 638).

Con el incremento de las asociaciones, además de los estudios geográficos y científicos que se realizaron, se produjo una difusión de ideas, de valores y por tanto una transformación de la sociedad que permitió la adopción de nuevas prácticas que obraron en la modificación de estructuras socioculturales y en la construcción de situaciones que permitieron rupturas y adopciones en los imaginarios sociales¹¹

8 “El 25 de septiembre de 1850 tuvo lugar la reunión pública de una sociedad de jóvenes estudiantes del Colegio de San Bartolomé, con el nombre de *Escuela Republicana* (...). Allí hicieron su aparición los hombres que en los veinticinco años siguientes debían figurar de diversos modos en la escena pública: Domingo Buendía, Manuel Suárez Fortoul, José Joaquín Vargas, Ramón Gómez, Leopoldo Arias Vargas, Mario Lemos, Alejandro Roa, Aníbal Galindo, Camilo A. Echeverri, Milciades y Marcelino Gutiérrez, Narciso y Clímaco Gómez Valdés, José María Samper, Francisco E. Álvarez, Santiago Pérez, José María Rojas Garrido, Peregrino Santacoloma, Joaquín Morro, Antonio María Pradilla, Nicolás, Próspero y Guillermo Pereira, Celso de la Puente, Tomás y Lisandro Cuenca, Leonidas Flórez, Olimpo García, Narciso Cadena, Pablo Arosemena, Juanuario Salgar, Manuel Lobo Guerrero, Juan Bautista Londoño, Octavio Salazar, Eustorgio Salgar, Vicente Herrera, Foción Soto, Antonio María Domínguez, Horacio González y otros” (Camacho Roldán, [s.f]: 199-200).

9 “Los miembros más notables de la Sociedad Filotémica eran los jóvenes Carlos Holguín, Manuel María Medina, Antonio J. Hernández, Fortunato Cabal, José María Pinzón Rico, Juan E. Zamorra, Pedro A. Camacho Pradilla, Belisario Losada, Vicente Vargas, Joaquín F. Vélez y Emilio Macías Escovar. Algunos de ellos terminaron su carrera en las filas liberales, como los señores Hernández, Pinzón Rico y Vicente Vargas. Poca fue la duración de esta Sociedad. Fundada a fines de octubre de 1850, terminó su carrera en julio de 1851” (Camacho Roldán, [s.f]: 203).

10 “La Sociedad Popular, presidida por el señor Simón J. Cárdenas (Pan de yuca), notable taquígrafo que murió en la toma de esta ciudad el 18 de julio de 1861, tenía sus sesiones en el antiguo Coliseo” (Cordovez Moure, 2006: 638).

11 “Los imaginarios sociales serían precisamente aquellas representaciones colectivas que rigen los sistemas de identificación e integración social y que hacen visible la invisibilidad social” (Pintos, 108). “Tiene que ver con la ‘visiones de mundo’, con los metarrelatos, con las mitologías y las cosmologías, pero no se configura como arquetipo fundante, sino como forma transitoria de expresión, como mecanismo indirecto de reproducción social, como sustancia cultural histórica” (Pintos, 111). “Lo que aquí más nos interesa es su incidencia en el presente como forma de configurar, de modos y a niveles diversos, lo social como realidad para los hombres

conocidos; puesto que se dio un vínculo entre la actividad intelectual y el espacio común al que pertenecían estos grupos y en el que sus miembros funcionaban según pautas específicas de conducta; dando así lugar a formas de acción colectiva, que llevaron a promover acciones que tuvieron repercusiones sociales.

Las situaciones culturales y las condiciones del saber que estas agrupaciones tenían en común eran la lectura y la difusión de información; actividades que integraron las relaciones interindividuales que se desarrollaron en el interior de esos grupos, las que luego pasaron a insertarse en el centro de los grupos familiares, llegando a operar en las relaciones entre los integrantes tanto en los comportamientos, como en las conveniencias; situación que se produjo en todos los niveles privados y públicos, promoviendo reacciones diferentes para los involucrados, según como ellos se representaran y se relacionaran con la realidad.

Originalmente, la propagación de información surgió de la comprensión y de la conexión ideológica con lo que sucedía en puntos específicos de Europa; especialmente en Francia, país donde la gente, en los gabinetes o salas de lectura, podía leer lo último que salía, por muy poco dinero y sin tener que comprar el texto; así se estaba al día en información, pero a la vez, se desarrollaba una distancia crítica con la autoridad.¹²

Las asociaciones y la lectura trajeron un nuevo discernimiento en el imaginario colectivo neogranadino, lo que permitió tomar decisiones y redefinir relaciones sociales, gracias a las nuevas experiencias locales que se impulsaban en las agrupaciones; para lograrlo, los pensadores se valieron de mecanismos para la apropiación y el consumo de los referentes y signos que los dispositivos de información proporcionaban tanto en los impresos (libros, periódicos, panfletos, etc.), como por ideas y mensajes difundidos por los viajeros, quienes interpretaron y transmitieron la realidad social, económica y cultural de donde provenían o habían visitado.

y mujeres concretos. Por ello no se constituye como campo específico de conocimiento objetivo o de proyecciones o deseos subjetivos, sino que establece una matriz de conexiones entre diferentes elementos de la experiencia de los individuos y las redes de ideas, imágenes, sentimientos, carencias y proyectos que están disponibles en un ámbito cultural determinado" (Pintos, 1995: 112).

12 Esa influencia francesa se observa en anuncios como el siguiente, que se hallan en los periódicos bogotanos de la época: "Gabinete de lectura: Fundado por los esfuerzos del Sr. Ignacio Gutiérrez, el Gabinete ha pasado ya por sus pruebas de existencia. Hoy cuenta con más de 40 miembros, i hai un copioso suartido de periódicos nacionales i extranjeros. El Sr. Gutiérrez nombrado Director por fallecimiento del siempre lamentado José I. París, ha determinado trasladar el gabinete a un buen salón de la calle del Comercio. Allí habrá lectura i tertulia para los socios, quienes por la módica cuota de 1 peso mensual disfrutarán de más de 25 periódicos, i de un decente lugar de reunión. Deseamos larga vida a este útil establecimiento (Anónimo, 1848: 122). [Se conserva la ortografía original de los textos].

Además entre 1841 y 1858, existieron al menos 46 imprentas,¹³ que contribuyeron a la difusión de información. A estas empresas se sumaban los diversos establecimientos comerciales que aparte de dedicarse a la venta de productos específicos (muebles, mercería, etc.) también vendían libros nacionales o importados. Asimismo, para la década del cincuenta de ese siglo existían dos librerías en la capital: la del *Neogranadino* y la de Jules Simonnot, ciudadano francés que vendía libros en español y en francés (Martínez, 2001: 114). No obstante, el reducido número de estos establecimientos, se sabe que para finales de la década del sesenta la Biblioteca Nacional contaba con: "22.457 obras de las cuales: 7.307 son en latín (es decir un 33% del fondo total), 5700 en francés (25%), 3.892 en castellano (es decir un 17% del fondo total) "de las cuales 1.551 (7%) son obras nacionales", y 998 en inglés (4%); el francés por lo tanto se impone sobre el castellano como idioma moderno del conocimiento" (Martínez, 2001: 110).

Esta última información atestigua los idiomas que los letrados manejaban: latín, castellano, francés¹⁴ y, en menor medida, el inglés. También, pero en contados casos, empleaban el alemán, el sueco o el idioma del lugar de donde los viajeros fueran oriundos o a dónde los neogranadinos habían ido a estudiar o a visitar. Sin embargo, además de en castellano, en francés llegaba gran parte de la difusión de ideas del momento; hecho que corroboran las aseveraciones de José María Samper:

Dos corrientes literarias, una española y otra francesa obraban sobre los espíritus: por un lado, las obras de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, de Lamartine y Eugenio Sue, movían los ánimos en el sentido de la novela social, de la poesía grandiosa y atrevida

13 En Bogotá hubo 19: la Imprenta de Ancizar i Pardo, la de El Día, la de Espinosa, la del Estado, la de Echeverría Hermanos, la de J. Ayarza, la de José María Cifuentes i Comp., la del Neo-Granadino, la de Ortiz, la de Torres Amaya, la de N. Lora, la de José Antonio Cualla, la de Pizano i Pérez, la del Imparcial, la de M. Sánchez Caicedo i Compañía, la de "El Núcleo Liberal", la de Vicente Lozada, la de Nicolás Gómez y la de Zoilo Salazar. En Cartagena, 4: la Imprenta i Librería de Antonio Labiosa, la Imprenta de Eusebio Hernández, la de los Herederos de J. A. Calvo, la de Francisco de B. Ruiz. En Cali, 1: la Imprenta de Velasco. En Ibagué, 1: la Imprenta Provincial. En Medellín, 2: la Imprenta de Jacobo Facio Lince, la de Manuel Antonio Balcázar. En Mompox, 1: la Imprenta del Dr. Manuel Salvador Rodríguez. En Nóvita, 1: la Imprenta de Nicolás Hurtado. En Panamá, 4: la Imprenta de A. Morel, la de "El Panameño", la de José Ángel Santos, la del "Centinela". En Pasto, 2: La Imprenta Pastusa, la de Pastor Enriquez. En Popayán, 4: la Imprenta de la Democracia, la de Hurtado, la de M. Sánchez Caicedo i Comp., la de La Universidad. En Riohacha, 3: Imprenta de la Unión, la de M. Macaya, la de "El Riohachero". En Santa Marta, 2: la Imprenta de La Gaceta Mercantil, la de Antonio Locarno. En Socorro, 1: la Imprenta de Villareal i Gómez. En Tunja, 1: la Imprenta de Vicente de Baños (Uriconchea, 1874: 1-48). Todos estos establecimientos, desde la ley del 3 de mayo 30 de 1834, debían remitir a la Biblioteca Nacional un ejemplar de todo lo que imprimieran, fuese libro, cuaderno, hoja suelta o impreso (Pombo, 1845: 234).

14 "Podría decirse, en rigor de verdad, que aquí estudiábamos más el francés que el castellano (...). Con las sederías y las pomadas nos venían de París los poemas, historias, dramas y novelas de los franceses, juntándose en la importación lo bueno con lo malo; (...) la invasión creciente de la literatura francesa, [estaba] implantada en gran parte, entre nosotros" (Samper, 1953: 172-173).

y de los estudios de historia política; y esta tendencia era caracterizada por dos obras, a cual más ruidosa y apasionada: la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, y el *Judío errante*, novela revolucionaria de Sue. Por el otro, los libros de poesías españolas modernas, empapadas en romanticismo, entre los que principalmente llamaban la atención los de Espronceda y Zorrilla: obras que despertaron en la juventud un fuerte sentimiento poético, desarreglado y de imitación en mucha parte, pero siempre fecundo para las imaginaciones ricas y los talentos bien dotados (Samper, 1881: 160-161).

Según estos testimonios, las circunstancias políticas y socioculturales de esos años permitieron que los distintos grupos enfatizaran diferentes aspectos, tomando conceptos particulares provenientes de países europeos para apropiárselos; así, cada uno valoró de manera distinta lo proveniente de Francia, Inglaterra o España, y efectuó elaboraciones conceptuales según su ideología, su inclinación política y sus creencias religiosas. Del mismo modo, para todos ellos, los impresos (libros, periódicos o panfletos) jugaron un papel importante en la reproducción y divulgación de las representaciones sociales que se produjeron, mediante las que se emitieron sistemas de códigos y principios orientadores de la forma en que se definió la conciencia colectiva de la sociedad neogranadina de la época.

4. Eugenio Díaz Castro: lecturas, conocimiento e ideología

Inmerso en ese ambiente político y cultural, Eugenio Díaz Castro plasmó en *Manuela* un testimonio de lo que fue la situación sociocultural de la época, de su ideología, de las lecturas que había efectuado, de los modelos literarios que lo influenciaron y de las características estéticas que configuraron su escritura. Para comenzar a esclarecer estos aspectos, debe prestarse atención a las referencias literarias que se explicitan en la novela. En ella, se mencionan directa o indirectamente por lo menos 49 escritores franceses, 1 inglés, 1 italiano y 4 españoles.

Los escritores franceses son: [1] Eugène Sue (1804-1857), mediante dos novelas: *Matilde* (*Mathilde: mémoires d'une jeune femme* [22 de dic. de 1840-26 de sept. de 1841]) y *Los misterios de París* (*Les Mystères de Paris*, [19 de jun. de 1842-15 de oct. de 1843]); además, por el personaje Rodín, de la novela *El judío errante* (*Le Juif errant* [25 de jun. de 1844-26 de ag. de 1845]); “tipo de organizador de ‘intrigas desenfadadas’ que no se detiene ante ningún delito ni asesinato” (Gramsci, 2000: 52). [2] Henri-Joseph Du Laurens (1719-1793), con la novela filosófica: *El compadre Mateo* (*Le Compère Matthieu, ou les Bigarrures de l'esprit humain* [1766]). [3] Charles Antoine Guillaume Pigault-Lebrun (1753-1835), con la novela satírica y libertina: *El hijo del carnaval* (*L'Enfant du Carnaval*, [1792]). [4] Charles Paul de Kock (1793-1871), con la novela *La lechera* (*La laitière de Montfermeil*, [1827]).

[5] Charles de Secondat, barón de Montesquieu, con la novela epistolar satírica y libertina: *Cartas persianas o persas* (*Lettres persanes*, [1721]). Además, con *El Diablo en París* (*Le Diable à Paris*. Paris: J. Hetzel, 2 vols.); antología planeada en 1843 y publicada entre 1845 y 1846, se encuentran textos de [6] Balzac, Eugène Sue, [7] George Sand, [8] P-J Stahl, [9] Alphonse Karr, [10] Henry Monnier, [11] Octave Feuillet, [12] Stendhal, [13] Leon Gozlan, [14] S. Lavalette, [15] Armand Marrast, [16] Laurent Jan, [17] Edouard Oubliac, [18] Charles de Boigne, [19] Altanoche, [20] Eugene Guinot, [21] Jules Janin, [22] E. Briffault, [24] Auguste Barbier, [25] Marquis de Varennes, [26] Alfred de Musset, [27] Charles Nodier, [28] Frédéric Berat, [29] A. Legoit, [30] P. Pascal, [31] Frédéric Soulie, [32] Taxile Delord, [33] Méry, [34] A. Juncetis, [35] Gérald de Nerval, [36] Arsène Houssaye, [37] Albert Aubert y [38] Théophile Gautier. Así mismo se mencionan: [39] Héloïse d'Argenteuil (1101?-1164) y [40] Pierre Abélard (1079-1142), con las cartas de *Eloísa y Abelardo*. También se alude específicamente a [41] Pierre-Joseph Proudhon: (1809-1865), uno de los padres del pensamiento anarquista; a [42] Voltaire (François Marie Arouet, 1694-1778); y se menciona a [43] *Ganelón*: personaje, traidor despreciable, de *La Chanson de Roland*, poema épico francés de finales del siglo XI.

Del mismo modo, en cinco oportunidades diferentes, tanto el narrador, Demóstenes o el sacerdote Jiménez se refieren o bien al “socialismo”, a “los clásicos de la escuela social” o califican de “socialista” o “socialistas” a alguno(s) de lo(s) personaje(s); de esta manera, aluden directamente a la ideología proveniente de lecturas que se efectuaban en ese tiempo en libros en francés o en traducciones, como la edición sobre el socialismo que Simonnot difundió en Bogotá en 1852, la cual presenta estudios de [44] “San-Simon (sic) y los sansimonianos” (pp. 31-109), [45] “Fourier y los falansterios” (pp. 110-157), [46] “P. Leroux” (pp. 158-192), [47] “L. Blanc” (pp. 193-198), [48] “Cabet” (pp. 199-219), [49] “F. Vidal” (pp. 220-233), y “Proudhon” (pp. 234-292).¹⁵

15 En este texto se define el socialismo: “Entendemos por *Socialismo* el conjunto de medios que deben hacer cesar ese estado de languidez que postra y consume las naciones y la mala inteligencia que reina entre sus miembros, tanto por las equivocaciones arraigadas como por el choque de intereses. Su fin inmediato es la transfiguración de la humanidad por la justicia, la belleza, la salud, la riqueza, la armonía; su fin inmediato es la extinción del pauperismo, el aumento de la riqueza, la difusión de las luces, la abolición de la prostitución, la consolidación de la salud y bienestar (...). Nuestra sociedad ha llegado a tal punto de desorden que todo el mundo se queja, todos reconocen el mal, muchos lo diagnostican perfectamente; la inmoralidad extenua los mas robustos estados, el comercio es en general un fraude organizado, el riesgo de una bancarrota general es cada vez mas inminente, la prostitución quita la nata y la flor del sexo más bello, mientras que la guerra y la paz armada absorben lo mas joven y robusto del mas fuerte; el adulterio, concubinage y otros tantos vicios carcomen los vínculos sociales, la envidia de poder amenaza de un modo implacable al rico, y la condición del mayor número es intolerable” (en: Anónimo, 1852: xi-xiv).

Los otros escritores mencionados son: el inglés Walter Scott, con la novela: *Ivanhoe* (1819), el italiano Marco Polo (1254-1324) mercader y explorador veneciano. Los cuatro escritores españoles: Gaspar María de Nava Álvarez (1760-1815), con su poema sobre la muerte; Jorge Juan y Santacilia (1713-1773) científico y marino español, Tomás de Torquemada (1420-1498) Inquisidor general de Castilla y Aragón, Bernardo de Sierra, con el devocionario *Ramillete de divinas flores* (1670). Además, la Biblia: específicamente el Libro de Judit en el Antiguo Testamento, al referirse a Judit cortándole la cabeza a Holofernes.

Con los nombres de escritores y títulos de textos que se designan directamente o se dan a entender en *Manuela*, se observa que en el relato se representan tanto las lecturas que el grupo liberal realizaba en el momento histórico, como la situación política del territorio (la división de la población en partidos políticos,¹⁶ los conceptos y las rivalidades que se producían, la manipulación de la información que se efectuaba, la desinformación que se esparcía), las nociones sociales (la forma de estructurar, establecer creencias e implantar códigos de comportamiento en una sociedad donde la riqueza está concentrada en pocas manos y en donde existen grandes conflictos de intereses de clase) así, como las orientaciones narrativas y conceptos literarios en total vigencia durante la época de estructuración, escritura y publicación de esta novela.

Tras las obras filosóficas de historia, nos invadió el tropel de novelas que cautivan la atención de los lectores por lo atrevido del argumento, la amenidad del estilo y el prodigioso atractivo para las pasiones humanas, que cada cual pone en práctica con el modelo que más le fascine.

Alejandro Dumas, padre, que falseó los hechos en sus deliciosas concepciones de novela era considerado por el mayor número de sus asiduos lectores como historiador concienzudo.

Los misterios de París, *Matilde Maran*, *Los siete pecados capitales* y *El judío errante*, de Eugenio Sue, ocupaban preferente lugar en los anaqueles de las casas donde había niñas inocentes que podían leer aquellas producciones de un cerebro que carecía de sentido moral y que, al escribirlas debió recibir inspiración del averno, especialmente en *El judío errante* (Cordovez Moure, 2006: 2230).

Las novelas de Eugène Sue se dieron a conocer en Colombia bien en entregas que salían de las prensas de *El Neogranadino*, en un cuadernillo de 32 páginas, o bien en

16 “Era aquel congreso verdaderamente notable, porque en él estaban representados no sólo los dos partidos de la parroquia, sino todos los matices políticos que existían en la Nueva Granada. Don Blas i el cura eran conservadores netos, i don Manuel conservador misto. Don Cosme i don Eloy liberales i, don Demóstenes, radical. Asistió también convidado por el dueño de la casa, el maestro Francisco Novoa, herrero, que se había ido de Bogotá a la parroquia a consecuencia de sus compromisos políticos en la revolución del general Melo. En la parroquia era tadeísta; pero hombre de bien a carta cabal” (Díaz, 1866: 281).

libro, como se difundieron *Los Misterios de París* o *El judío errante*. Asimismo, los periódicos de Bogotá, como *El Día*, divulgaban información sobre este autor y sus obras (véase: Anónimo, 1845: 3).

Además, la obra que se emplea en *Manuela*, en el capítulo XXVI, para ser tema de diálogo entre Demóstenes y Manuela, y que sirve, dentro de la historia, tanto como modelo para la estructura que el bogotano ordena erigir para la tumba de Rosa, como para distraer a Manuela con unas láminas:¹⁷ *Le Diable à Paris*, Hatzel, su editor era un polémico activista que despreciaba el régimen de Louis Phillipe y fue ensayista y escritor del *National*, periódico antimonárquico; también había publicado completamente *La Comédie humaine* de Honoré de Balzac. Él y los otros escritores contribuyentes ofrecieron una crítica social, que mostraba a París como un lugar sobrepoblado y lúgubre donde abundaban el crimen y la enfermedad física y social; allí existía el desequilibrio entre ricos y pobres; por eso, mostraron los abusos y las violencias que las clases bajas sufrían y las necesidades que pasaban. Asimismo, no sólo ofrecían información concreta sobre las condiciones de los más necesitados, sino que presentaron estadísticas y series de grabados donde mostraban los aspectos de lo que trataban los relatos; de esta manera, el tono de los dos volúmenes favorecía a los pobres y llamaba la atención hacia la ceguera de las instituciones y del gobierno (Sheon, 1984: 140-142).

Del mismo modo, con la repetida alusión al socialismo, a los clásicos de la escuela social o a los socialistas, en la novela se enfatiza la fuerza con que se recibían en la Nueva Granada las ideas filosóficas y políticas de los socialistas y de los teóricos franceses de 1848. Conceptos que tuvieron mucho que ver con las rupturas, definiciones y adaptaciones de las realidades y procesos políticos, económicos y sociales del momento; los cuales se expresan de diversas formas en el discurso de *Manuela*. Texto en cuyo mundo ficcional se forja un estudio de la realidad neogranadina, que busca soluciones para las injusticias y el desequilibrio social; pero a la vez, al observar en forma aguda y penetrante la vida cotidiana, ofrece explicaciones, busca crear conciencia sobre la inequidad de clases y al hacer una cerrada defensa de los oprimidos, intenta promover un cambio social.

A través de las menciones de autores y títulos franceses en la novela, se destaca no sólo el conocimiento que Díaz Castro poseía sobre la sociedad de su momento, sino también la total puesta al día de sus lecturas, así como la ideología política que profesaba: era liberal. Esto lo afirmó él mismo en 1859 en el artículo “Mi pluma”,

17 Las láminas sobre el cementerio y las tumbas que describe Demóstenes, se hallan todas en Hetzel, 1846: 248-249. Lo que significa que Díaz Castro no sólo conocía el libro, sino que lo tenía a mano cuando compuso *Manuela*.

donde además comunicaba que, incluso estando trabajando en “tierra caliente” estaba al día sobre lo que pasaba política e históricamente, no sólo en la Nueva Granada, sino en otros países. En ese texto se lee: “De Ambalema fué que, en contestacion de una carta del señor jeneral Francisco V. Barriga, en el año de 49, en que me noticiaba del nacimiento de la República en Francia, le dije yo: ‘Celebro la noticia como *amante de las ideas liberales*; pero no vaya a suceder que de las cenizas de la República se levante un segundo Napoleón’” (Díaz, 1859b: 41-42) [Itálicas agregadas]. Obsérvese que el lapso entre el momento de referencia y el de escritura es de diez años: 1849-1859; tal vez los años más turbulentos y de lucha ideológica en la Nueva Granada. Aquí surge la pregunta: ¿Por qué Vergara afirmó 15 meses después de muerto Díaz Castro: “Su programa en política era conservador” (Vergara Vergara, 1866: 166), cuando el mismo escritor había escrito públicamente 7 años atrás que era liberal?

Pero, por la situación narrativa en que aparece el personaje de Demóstenes en *Manuela*, representado en diversos momentos de la historia en forma irónica o ridiculizada (véase en el capítulo X: “Dos visitas”, lo que le ocurre en su visita a Clotilde [Díaz, 1866, 238-243], donde se lo muestra con concepciones culturales prefijadas y completamente ajenas a la cultura del área), y como soñador utópico de una realidad social inexistente, se puede aseverar que el autor no era liberal gólgota; aunque sí era partidario de las ideas socialistas que se habían difundido en el territorio.

Así, el mundo narrativo de *Manuela* está articulado de denuncias producidas por un escritor que defiende un credo liberal-socialista específico, por tanto incómodo para aquellos que no compartían sus ideas: los conservadores y los otros liberales opositores, quienes veían en peligro sus propias concepciones y visiones de mundo. Por todo esto, gracias a la construcción simbólica que efectuó de la sociedad en que vivía, a su conocimiento del ser humano, a la comprensión de su época y a su habilidad de abstracción e inventiva, Díaz Castro recreó en *Manuela* un universo narrativo que respondía a sus deseos de transmitir una realidad desde una postura ideológica definida; de esta manera, ofreció una certera mirada sobre las condiciones neogranadinas conocidas, para producir reacciones y alcanzar cambios sociales, del mismo modo en que lo habían logrado algunos de los autores franceses aludidos, quienes le sirvieron de modelos narrativos.

5. Teoría de la novela en Balzac, Sue y Dumas

Con los testimonios presentados antes, debe entenderse la situación de la novela en Francia en la época que interesa en este estudio, prestando especial atención a los escritores que los neogranadinos citaron como los más influyentes en la época: Balzac, Sue y Dumas, para comprender las influencias narrativas que modelaron *Manuela*, como también para entender los rasgos estructurales que se explicitan en este texto.

La novela como género narrativo se popularizó en Francia, gracias al impulso que recibió en los periódicos. *La Presse*, de Émile de Girardin, publicó por entregas la novela de Balzac *La vieille fille* (23 de oct.-30 de nov. de 1836); inmediatamente, los otros periódicos tuvieron que decidir entre la divulgación de novelas en folletín o la imposibilidad de alcanzar ventas. De esta manera, se publicaron diversos textos de Balzac; pero los escritores que verdaderamente tuvieron éxito con este tipo de difusión por entregas fueron: Paul Féval, Alexandre Dumas, padre, Frédéric Soulié y Eugène Sue (Frappier-Mazur, 1989: 696), quienes produjeron una manifestación del género totalmente moderna social y culturalmente, al representar rasgos de la realidad para criticarlos y alcanzar cambios sociales. Entre las características de esos textos publicados en folletines estaba la habilidad de emplear técnicas narrativas para crear una estructura ficcional que despertara y mantuviera el interés del lector durante toda la obra.

Las ambiciones realistas

La mayor parte de los grandes éxitos de la novela de esta época inscriben la intriga en un decorado contemporáneo, porque se refieren a la actualidad o hacen de la sociedad contemporánea su terreno privilegiado de operaciones. (...) Novelas ancladas en la más ardiente actualidad social, *Los misterios de París* y *El judío errante* de Eugène Sue alcanzan entre 1841 y 1850 ediciones de 60.000 a 80.000 ejemplares. El más popular de los novelistas de la monarquía de julio,¹⁸ Paul de Kock, autor despreciado por la crítica pero adulado por los gabinetes de lectura, inscribió todas sus novelas en el aquí y el ahora. Sus obras son concebidas como guías de la sociedad contemporánea. Cuando la *Revue des Deux Mondes* consagra en los años de la década del cuarenta varios artículos a la “Novela actual” presenta entre otros a Alexandre Dumas, Eugène Sue, Frédéric Soulié, Charles de Bernard, Honoré de Balzac y George Sand, todos autores de novelas localizadas en el mundo vigente (Lyon-Caen, 2006: 29).

Estos autores se propusieron mostrar su mundo, mediante representaciones realistas de la sociedad, de los tipos, de las estructuras y de las leyes que la regían; pero no se contentaban con que sus textos fueran un espejo de lo local; así, la literatura se caracterizó por la fina observación de la realidad y el descubrimiento de las estructuras ocultas que querían seguir manteniendo el “status quo” establecido. En su búsqueda para proporcionar leyes generales, el realismo muchas veces fue más allá de lo inmediato, para describir al máximo lo que podía.

Honoré de Balzac (1799-1850) fue la figura principal en el desarrollo de la ficción realista (Levin, 1963: 151). Asoció el papel del escritor con el del observador científico racional; además, su aporte al realismo fue el detalle sucinto con que captó el

18 *La monarquía de julio*: periodo histórico que se desarrolló en Francia entre 1830 y 1848.

ambiente histórico, desarrollando la cualidad pictórica realista, lo que le sirvió para definir el contexto histórico y social de cada uno de sus personajes (Morris, 2003: 59-62). Con esta ambientación histórica documentada, hacía énfasis en la autenticidad de los detalles que representaba; de ahí que se considerara un humilde copista y el secretario de la sociedad. Para él, el novelista debía tener la habilidad de dar forma artística a la aguda observación de la realidad, pero no la debía copiar servilmente, sino dejar que los significados se manifestaran por sí mismos. El novelista describía el mundo para modificarlo y debía combinar la exactitud del historiador social con la imaginación del visionario, para alcanzar el cambio que se deseaba (Shroeder, 1967: 3-10).

Como creador de mundos, Balzac dividía el espacio conocido en regiones sociales y geográficas, así cada área tenía características particulares; basándose en las ideas de Louis de Bonald y Augusto Comte, para él las personas eran producto de su ambiente y el escritor debía captar esas señales. De ahí que sus personajes tuvieran talento, energía, revelaran su capacidad, pero sólo contaran con ellos mismos para enfrentar la adversidad (Pavel, 2005: 231-232).

Ahora, Eugène Sue (1804-1857) se hizo popular con *Los misterios de París* y *El Judío errante*, gracias a la manera en que los nuevos lectores recibieron estas obras, convirtiéndolas en un éxito comercial y reaccionando emocionadamente a las emisiones de los folletines que las contenían. Ellos se sentían tan implicados en la historia que le escribían cartas al autor felicitándolo, sugiriéndole, pidiendo ayuda, aportando información y ofreciendo sugerencias para los nuevos capítulos, llegando a ejercer un influjo decisivo en la escritura de la novela (Prendergast, 2003: 13-14). Las masas lo celebraron como el apóstol de los problemas sociales, cuando el autor propuso reformas a través de sus mundos ficcionales y reveló causas de las condiciones sociales inicuas que producían la miseria y el delito (Eco, 1970: 13-17).

Sue, en *Los misterios de París*, reveló el origen de las condiciones sociales de los más desprotegidos que eran producto de la miseria que creaba la civilización industrial; mientras que los ricos y los legisladores seguían controlando con leyes que protegían los intereses de unos pocos en detrimento de la mayoría. La moraleja del libro es que los ricos podían subsanar “con sus actos de munificencia las lacras de la sociedad” (Eco, 1998: 48) y estos, a su vez, “podían contar con la mediación de abates y párrocos” (Eco, 1998: 50). En esta novela “la reivindicación social se encaminaba hacia un cristianismo oficial representado por el clero” (Eco, 1970: 18).

La forma en que los lectores reaccionaron a lo relatado, muestra el realismo que caracteriza las situaciones que se representaron en la novela; realismo que era

novedoso en la conciencia francesa del momento. Con lo cual, esta narración fue el paso de transición en literatura, entre lo que había sido el romanticismo y lo que evolucionó más tarde, en las novelas de Emile Zola, como el naturalismo francés (Chevasco, 2003: 13).

Mientras que Alexandre Dumas (1802-1870), reconocido mundialmente como el autor de *los tres mosqueteros* (*Les trois mousquetaires*, [14 de mzo.-11 de jul. de 1844]) y *El conde de Montecristo* (*Le comte de Monte-Cristo* [28 de ag.-26 de nov. de 1844, 1ª parte; y 20 de jun. de 1845-15 de ene. de 1846, 2ª parte]), ha pasado a la historia en una forma bastante ambigua; ya que su fama de novelista, que empleaba ayudantes, secretarios, colaboradores y pagaba por manuscritos de obras que le ofrecían, ha hecho que la crítica académica, incluso en Francia, lo haya casi olvidado. Contribuyó a la novelística al transmitir la historia de las épocas, estudiando características de distintas personalidades y las pasiones que crearon dramas durante una era para revelar una particular visión dramática del mundo y, así, producir una ilusión convincente de una realidad histórica. De esta manera, trascendió los límites del país para lograr creaciones universales de personajes, de visión y de tema (Stowe, 1976: 70-74).

Los textos más conocidos de Dumas, presentan la lucha personal de un individuo contra las grandes tensiones históricas ambientales y nacionales de una época. En cada instancia, las consideraciones políticas y los sucesos juegan un papel que determina las oportunidades que tiene el personaje para alcanzar con éxito la felicidad (amor), como también para lograr un lugar en el mundo. Así, intenta crear un sentido de las fuerzas que entran en juego y de la atmósfera y las prácticas de una época, mientras evita los extremos de la reconstrucción arqueológica y superficial del color local (Cooper, 1992: 116).

Estos tres escritores influyeron poderosamente, cada uno en forma diferente, en la literatura francesa de su época y pasaron a ejercer predominio en otras literaturas al leerse sus obras en traducción, casi simultáneamente al momento de su publicación en Francia. Ellos, como los otros folletinistas sociales, tenían como objetivo transmitir verdades sociales, para lo cual expresaban un uso retórico de la ficción que supuestamente era una afirmación tácita de la realidad, logrando que los lectores adecuaran la novela al mundo en el que vivían y se reconocieran en los personajes y en las situaciones representadas. Para esto, representaron un narrador omnisciente que describe y comenta los hechos desde su particular punto de vista subjetivo que se localiza dentro de los sucesos y de los personajes involucrados. Del mismo modo, mostraron al “otro”, no como diferente o extraño, sino como inmediato y presente, como parte de la vida cotidiana.

6. Adscripción de *Manuela* al Realismo de mediados del siglo XIX

En el núm. 1 de *El Mosaico* (24 de dic., 1858), José María Vergara y Vergara prologó la novela, cuyo título original fue: “Manuela. Novela Bogotana,¹⁹ orijinal por Eujenio Díaz” (*El Mosaico*, 8 de enero de 1859, p: 23), anticipando a los lectores el epígrafe de la novela y haciéndole una crítica al texto: “qué se le podrá tachar al hombre que ha producido y adoptado como texto para sus obras este pensamiento digno de Larra: ‘Los cuadros de costumbres no se inventan sino se copian’. / No podemos hacer iguales elogios de su estilo; falta que pronto notará el lector” (Vergara i Vergara, 1858, p: 8). Con estas palabras realizó dos propósitos: asoció la novela con la escritura de los artículos y cuadros de costumbres de Larra y afirmó la falta de habilidad escritural de Díaz Castro, creando con esto dudas en los lectores.²⁰

Este texto inicial, de quien sería, 24 años después, uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua, guió la dirección de la crítica y originó el encañillamiento que, posteriormente se arraigó con solidez cuando a finales del siglo XIX, quienes editaron el texto en 1889, le pusieron como subtítulo: “Novela de costumbres colombianas”; situación que convirtió a Eugenio Díaz Castro en costumbrista, y condicionó la forma de entender *Manuela*; puesto que esta clasificación la conceptúa con una serie de características negativas (localismo de costumbres, pintoresquismo, limitación temporal, situaciones incidentales e insignificantes, superficialidad, pintura de intención folclórica, tipificación de los personajes, documento carente de estética literaria, etc.); clasificación que ha impedido que la crítica y la historiografía literaria colombianas en general observen la modernidad estética que la constituye.

19 En la constitución de 1832 la Provincia de Bogotá sustituye a Cundinamarca y está formada por el mismo territorio. “En la Provincia de Bogotá había cuatro regiones centralizadas en cuatro ciudades y delimitadas dentro de ciertos contornos geopolíticos: Bogotá, desde luego la primera, en la Sabana; Zipaquirá al norte. Chocontá al nordeste y La Mesa al Sur Occidente” (Velandia, 2005: 10). En 1855, la Provincia de Bogotá, cuya capital era Bogotá, estaba dividida en 80 distritos parroquiales, uno de los cuales era La Mesa, lugar que es el teatro de los acontecimientos narrados en la novela de Díaz Castro. Por la ordenanza 19 del 9 de enero de 1856 se legisló que: “Las cabeceras de los distritos parroquiales se denominarán según su importancia Ciudades, Villas o Parroquias. Llevarán el nombre de Ciudades las cabeceras de los distritos de Bogotá, Zipaquirá, Chocontá, Guaduas y La Mesa; el de Villas los distritos de Anolaima, Cáqueza, Fómeque, Funza, Fusagasugá, Gachetá, Guatavita, Pacho, La Palma, Nemocón, Ubaté, Villeta; y el de Parroquias las cabeceras de los demás distritos” (Velandia, 2005: 24-25).

20 Rafael Maya fue tal vez uno de los primeros en destacar públicamente algunas de las razones de la reacción que ha sufrido la obra de Díaz Castro a través de las épocas: “¿A qué puede imputarse semejante indiferencia? En gran parte a la generosa pero ingenua representación que del autor de *Manuela* hizo Vergara y Vergara, mostrándolo como hombre rústico y desprovisto de ilustración, y aludiendo al traje de campesino que solía vestir. Naturalmente esta estampa popularizada por los textos de literatura y reforzada por críticos demasiado amigos de lo pintoresco perjudicó grandemente a don Eugenio y llegó a creerse que su novela no era más que un relato mazorrall, escrito además, en mal castellano” (Maya, 1982: 265-266).

Ya en la primera parte del siglo XIX, los mismos franceses señalaron como errada la traducción que los españoles habían efectuado de la palabra “*moeurs*” (véase la nota 1 en este ensayo); para el francés, “*moeurs*” y “*costumes/coutumes*” tienen significados diferentes, como se observa en el siguiente título: *Le Diable à Paris. Paris et les parisiens: mœurs et coutumes, caracteres et portraits des habitants de Paris*. Por esa razón, los franceses no clasifican e inscriben a Balzac como costumbrista, a pesar de que el mismo escritor denominó la sección más importante de su producción: *Études de mœurs*; por el contrario, se lo considera como uno de los grandes maestros del realismo francés. Del mismo modo, la novela de Flaubert, *Madame Bovary. Moeurs de province* (1856), una de las obras cumbres del realismo, nunca se ha considerado dentro del costumbrismo a pesar de la segunda parte del título, el cual generalmente ignoran editores y críticos.

Pero en Colombia, a *Manuela* –novela que nunca recibió de Díaz Castro el calificativo “de costumbres” ni como parte del título ni como subtítulo porque su modelo narrativo era la novela realista, socialista francesa contemporánea– los editores que la publicaron un año y tres meses después de la muerte del autor (ocurrida el 11 de abril de 1865) en el tomo 2 del *Museo de Cuadros de Costumbres i variedades* (12 de julio de 1866), le modificaron el título, pasando a llamarla: “Manuela. Novela orijinal por Eujenio Díaz”. De esta manera, excluyeron el significado geográfico dado por el autor a su obra y eliminaron, así, la intención que éste tuvo, de que tanto el referente, como sus denuncias se entendieran como provenientes y aplicables a la Provincia de Bogotá.

El eliminar esa parte del título que le había dado Díaz Castro a su novela, servía propósitos específicos que los editores de los dos volúmenes tenían y se ajustaba perfectamente a sus planes: efectuar la publicación de una colección de tipos culturales costumbristas para ofrecerlas sobre todo a la mirada extranjera; recopilación cuya muestra más extensa provenía de la pluma de un escritor, ya ahora denominado “conservador”. Además, esos editores, hacían que los lectores dedujeran que era una novela cuyos personajes eran tipos sociales, muchos de ellos en vías de extinción, como los presentados en otros textos de la compilación; con esto limitaban la manera de leerla, fijando los significados al contenerlos dentro de los límites de representación colectiva ofrecida.

Ya sin el referente que dio Díaz Castro en el título, *Manuela* pasó 23 años encerrada en las páginas de ese libro, hasta que se publicó separadamente en París en dos volúmenes en 1889. Nuevamente, quienes editaron el texto, le variaron el título: *Manuela. Novela de costumbres colombianas*. Ahora la representación, que se circunscribía a la Provincia de Bogotá, pasó por designios característicos de la historia y de la crítica, a englobar la nación. Esta vez ya se difundió como la prototípica muestra de una “*Novela de costumbres colombianas*” y Camacho Roldán la prologó con un amplio estudio sobre la novela costumbrista (1889. I: i-xvi). Esta arbitrariedad

consolidó y estereotipó la obra ubicándola dentro del costumbrismo amorfo de las numerosas colecciones misceláneas de cuadros y relatos de costumbres que circularon en la segunda parte del siglo XIX, tanto en Colombia como en otros países.

Ahora, hasta el momento son muy pocos los críticos e historiadores literarios, tanto colombianos como extranjeros, que han visto la modernidad narrativa de *Manuela* y la han ubicado dentro del movimiento realista,²¹ al cual pertenece. Para entender esta posición, se deben observar las características de las novelísticas de Balzac, de Dumas y de Sue, ya señaladas, para destacar los rasgos que sirvieron de inspiración en la concepción y estructuración de *Manuela*.

En la línea de Balzac, Díaz Castro representó detalladamente los personajes y sucesos de La Parroquia (la cruda situación de las jóvenes trapicheras encarnadas en Pía y Rosa; la manipulación y el terrorismo que imponían los gamonales, como Tadeo quien controlaba por igual a ricos y pobres; la realidad de los trabajadores arrendatarios, mujeres y hombres, coaccionados y esclavizados por las estructuras coloniales de servidumbre; el asedio y la persecución que las mujeres, especialmente las jóvenes, como Cecilia, Marta, Paula y Manuela, sufrían impotentemente a manos de los más fuertes o poderosos; la prostitución de las mujeres; la violencia sexual generalizada que tiranizaba y destruía a las mujeres de todas las clases; el manejo impune de las leyes ejercido por hacendados y tinterillos; el desequilibrio entre los grupos sociales; el olvido del gobierno de lugares como La Parroquia; la manera en que la gente del pueblo participaba en los conflictos políticos de las luchas por el gobierno; el enfrentamiento entre letrados e iletrados; la tradición vs. el cambio; la secularización de la sociedad; el estatismo de las tradiciones culturales heredadas, etc.); todo, dentro de la más explícita contemporaneidad neogranadina, con una aguda observación científico racional; asimismo, como el escritor francés, plasmó el habla de los distintos grupos sociales.²²

21 “[U]na de las más notables del género realista es *Manuela*” (Cortázar, 1908: 7). “Hízose, sobre todo, célebre por su hermosa novela realista, de costumbres, *Manuela*, en su género, la más fiel copia de la realidad por el arte y la más acabada de cuantas se han escrito en América” (Cejador y Frauca, 1918: 328). “[D]on Eugenio fue el iniciador en Colombia, de un género literario que hoy se halla en plena vigencia, o sea la novela realista de carácter americano” (Maya, 1982: 265). “Asimilación discontinua de procedimientos realistas. (...) Mediado el siglo, varias obras aún incorporan el rótulo de «novela costumbrista» (...). Sin embargo, en algunas novelas, la perspectiva costumbrista va perdiendo pintoresquismo, para incorporar gradualmente juicios irónicos, intenciones polémicas, enfoques del realismo crítico. / En esta línea de vacilación estética está *Manuela* (1866), de Eugenio Díaz (1804-1865). El escritor colombiano, conocedor de los postulados del socialismo utópico de Proudhon y de las intrigas folletinescas de *Los misterios de París* (...) corrige la perspectiva costumbrista, con una postura más objetiva, abierta a la reproducción plástica de la naturaleza, de las fiestas populares, de los contextos ideológicos y las situaciones de marginación social (Valera Jácome, 1987: 107).

22 “Desde que se convirtió al realismo, la novela se ha topado fatalmente en su camino con la copia de lenguajes colectivos, pero, en general, (...) nuestros novelistas la han delegado en los personajes secundarios, en los

De ese modo, captó el ambiente sociocultural que lo circundaba, estudiando las ideas y los principios generales que determinaban el comportamiento humano, para efectuar una severa crítica de la situación político-social, pero dejó al lector la libertad de reaccionar sobre los hechos representados. Su deseo era contribuir a cambiar el desequilibrio de las condiciones sociales y así buscar una solución a la miseria de los desprotegidos; sin embargo, para él, la capital y la Parroquia eran lugares diferentes con características peculiares propias (como el comportamiento diferente de hombres y mujeres en cada lugar), lo cual se debía tener en cuenta en el momento de legislar y aplicar las leyes.

Ahora, como en las obras de Dumas, en *Manuela* se encuentra la lucha personal de los individuos (Demóstenes, Manuela, Dámaso) contra las grandes tensiones político-sociales del período. Cada uno de ellos busca su lugar en el mundo, pero las fuerzas históricas impiden que muchos de sus deseos se cumplan; de ese modo, esa búsqueda permite la representación histórica de la época que se vivió hacia 1856 en la Nueva Granada. La importancia que Díaz Castro le otorgó a las peculiaridades del momento histórico, lo facultó para presentar el estado de la patria, oponiendo en la representación de aspectos de la Provincia de Bogotá, la Parroquia vs. la capital, a través de la situación política, religiosa y cultural de su época.

De los tres escritores franceses, tal vez el modelo narrativo más fuerte que se observa en *Manuela* sea la influencia de la novela de Eugène Sue, *Los misterios de París*. Como en ese texto, la obra de Eugenio Díaz Castro abre invitando a los lectores a penetrar en un mundo desconocido y considerado por los letrados como bárbaro, en cuyos parajes remotos reinaba el abuso y el crimen; lugar, sin embargo, muy cercano a ellos, porque formaba parte de la misma Provincia de Bogotá. Asimismo, la narración gira con gran detalle alrededor de la vida de los pobres y desprotegidos; mientras que el vívido realismo de las escenas de privación y despojo proporciona un marcado contraste con una de las historias centrales, basada en el personaje de Demóstenes, “rico, letrado y gólgota” quien, al igual que Rodolphe, el personaje principal de la obra de Sue, en la primera parte del mundo ficcional se distrae recorriendo los diferentes caminos que lo conducen a sitios lúgubres y desmantelados que sirven bien de vivienda a los indefensos habitantes o bien de refugio a malhechores como Juan Acero; pero al final, su compasión y generosidad lo llevan a poner en riesgo su vida al tratar de rectificar injusticias sociales y solucionar ignominias causadas a los inocentes que ha conocido.

comparsas, que se encargan de la ‘fijación’ del realismo social, mientras que el héroe continúa hablando un lenguaje intemporal, cuya ‘transparencia’ se supone que casa con la universalidad psicológica del alma humana. Balzac, por ejemplo, tiene una aguda conciencia de los lenguajes sociales, pero cuando los reproduce, los *enmarca*, (...) con un índice pintoresco, folclórico; son caricaturas de lenguajes” (Barthes, 2009: 143).

Como en la novela francesa, en la de Díaz Castro aparecen personajes como la Lámina, Rufina y Matea –prostitutas– que desarrollan aspectos importantes de la narración; a través de las dos primeras, arquetipos antiquísimos: son la belleza contaminada, jóvenes cuyos cuerpos se hallan mancillados, pero sus espíritus se conservan buenos a pesar de todo (Eco, 1998: 42); con ellas se proponen ideas de reforma sobre este mal social; mientras que con la última se muestran otros aspectos de la situación. Del mismo modo, al contrastar el papel de Rodolphe en *Los Misterios de París*, se destacan las condiciones sociales de los más desprotegidos y las causas de la miseria en que transcurre su existencia. Eso mismo sucede al contraponer la clase social de Demóstenes y su mundo con el de los habitantes de la Parroquia y las condiciones injustas que deben soportar.

Tadeo, el tinterillo, recuerda a Ferrand, el notario –personaje de Sue– que encubre con su actuación, sus crímenes y su corrupción; además, movido por su codicia comete numerosos actos delictivos; pero su mayor debilidad es la lujuria, que lo impulsa a perseguir a las jóvenes hermosas del lugar y a obtenerlas bajo cualquier medio. Así como Cecilia denuncia la manera en que Tadeo la ha forzado y la mantiene prisionera y como su servidora sexual, Cecily denuncia a Ferrand, en la novela francesa, por las mismas causas. Del mismo modo, la muerte de Manuela sin cumplir su destino y dejando inconclusas muchas expectativas es reminiscente de la de Fleur de Marie, protagonista de *Los Misterios de París*. Además, como en la novela francesa, en *Manuela*, en boca de Clotilde, hija de Don Blas –dueño del Trapiche del Retiro– se oyen algunas propuestas para subsanar la prostitución (Díaz Castro, 1866: 206); mientras que, con la mediación del párroco del lugar se intenta acabar con el concubinato y la mancebía; en general, como en la obra de Sue, la reivindicación social se basaba en el cristianismo oficial; por esto, Demóstenes al final de la novela concuerda con muchas de las ideas del párroco Jiménez.

Ahora bien, al tener en cuenta todos los aspectos anteriormente mencionados, se observa que la representación que Eugenio Díaz Castro efectuó en *Manuela* cumple con las reglas más básicas del Realismo: describir, presentar, explicar para reproducir objetivamente la realidad, al desplegar evidencia para documentar las condiciones socioculturales. Al observar y representar la realidad sociocultural de La Parroquia, se hace incuestionable que como escritor realista creía en que la representación narrativa debía ofrecer las pruebas del fenómeno observado, para que el lector basándose en los aportes mostrados concluyera cuál era el estado de la sociedad y, así, encontrara formas de corrección y mejoramiento. De este modo, por medio del narrador, pacientemente coleccionaba una instancia después de otra para gradualmente producir una imagen coherente y completa de las situaciones.

Esa realidad concreta observable se concentraba en el escrutinio y en la descripción del mundo que rodeaba la existencia de la gente ordinaria; de ahí que enumerara los puntos altos y bajos de la vida de provincia; para Díaz Castro ningún hecho por

simple que fuera era insignificante, ninguna persona por humilde que fuera, dejaba de tener importancia; como tampoco ningún objeto era ínfimo en la representación de la realidad. Mientras más detalles proporcionó acerca de los objetos físicos en el ambiente de un personaje, la pintura se hizo más convincente y fue más fácil para que el lector la viera y la aceptara. Del mismo modo, esos detalles descriptivos le sirvieron para persuadir de que lo que presentaba a través de la letra era verdadero en relación con la vida, pormenores que lo ayudaron a anclar su escritura a un tiempo y a un lugar específicos: la vida en La Parroquia hacia 1856.

Como se demostró anteriormente, la complejidad de la interacción de las formaciones culturales que intervienen y se entrecruzan en la época y la velocidad de la circulación de ideas fueron parte integrante y principal de la ideología política y del desarrollo de la novelística para el grupo de escritores liberales que adoptaron el Realismo a mediados del siglo XIX, grupo al cual perteneció el liberal-socialista Eugenio Díaz Castro, quien afirmó sobre su propia escritura: “mi pluma ha sido alternativa, democrática y sumamente popular” (Díaz, 1859b: 41).

Bibliografía

- Anónimo. 1845. “Apuntes biográficos sobre Eujenio Sue”. *El Día*, 271, pp. 3.
- Anónimo. 1848. «Gabinete de lectura». *El Neo-Granadino*, 16, pp. 122.
- Anónimo. 1852. *Análisis del socialismo y exposición clara, metódica é imparcial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad los de San-Simon, Fourier, Owen, P. Leroux y Proudhon, según los mejores autores que han tratado esta materia tales como Reybaud, Guepin, Villegardelle, etc.* Bogotá: Librería de S. Simonot.
- Barthes, Roland. 2009. *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Briceño, Manuel. 1878. *La revolución, 1876-1877: recuerdos para la historia*. Tomo I. Bogotá: Imprenta Nueva.
- Camacho Roldán, Salvador. 1892. “Alegato de conclusión en la misma causa”. *Escritos varios de Salvador Camacho Roldán*. Bogotá: Librería Colombina, pp. 90-143.
- . [s.f]. *Memorias*. Medellín: Editorial Bedout.
- . “Prólogo”. 1889. en: E. Díaz. *Manuela. Novela de costumbres colombianas*. París: Librería Española de Garnier Hermanos, 1889. pp. i: i-xvi.
- Cejador y Frauca, Julio. 1918. *Historia de la lengua y literatura castellana*. Vol. VII. Madrid: Editorial Gredos.
- Colmenares, Germán. 1997. *Partidos políticos y clases sociales*. [1968]. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes.

- Cordovez Moure, José María. 2006. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá: Fundación Editorial Epígrafe.
- Cooper, Barbara T. 1992. "Alexandre Dumas père". En: Brosman, C. S. (ed.). *Nineteenth-Century French Fiction Writers: Romanticism and Realism, 1800-1860*. Detroit, MI: Thomson Gale. pp. 98-119.
- Cortázar, Roberto. 1908. *La novela en Colombia. Tesis para el doctorado en Filosofía y letras*. Bogotá: Imprenta Eléctrica.
- Chevasco, Berry Palmer. 2003. *Mysterymania. The Reception of Eugène Sue in Britain, 1838-1860*. Berne: Peter Lang.
- D'Alaux, Gustave. 1847. "Le pamphlet et les mœurs politiques en Espagne". *Revue des deux mondes*, 19, pp. 302.
- Díaz, Eugenio. 1889. *Manuela. Novela de costumbres colombianas*. París: Librería Española de Garnier Hermanos. 2 vols.
- Díaz, Eujenio. 1866. "Manuela; novela orijinal por Eujenio Díaz". En: Varios. *Museo de cuadros de costumbres i variedades*. Bogotá: Imprenta a cargo de F. Mantilla. pp. 169-446.
- . 1859a. "Manuela. Novela bogotana, orijinal por Eujenio Díaz". *El Mosaico*, 3. pp. 23-24.
- . 1859b. "Mi pluma". *Biblioteca de Señoritas*, 62, pp. 41-42.
- Eco, Umberto. "Socialismo y consolación". En: Eco, U. et ál. 1970. *Socialismo y consolación. Reflexiones en torno a los misterios de París de Eugène Sue*. Barcelona: Tusquets Editor. pp. 7-37.
- . 1998. *El superhombre de masas. Retórica e ideología en la novela popular*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Frappier-Mazur, Lucienne. "Publishing novels". En: Hollier, D. (ed.). *A New history of French literature*. Cambridge, Massachusetts – London, England. Harvard University Press, 1989, pp. 693-698.
- Gramsci, Antonio. 2000. *Cuadernos de la cárcel / Prison Notebooks*. 6. Trad. Ana María Palos. Puebla: Ediciones Era.
- Helguera, Joseph León. 1958. *The first Mosquera administration in New Granada, 1845-1949*. Chapel Hill: University of North Carolina. [Disertación de doctorado].
- Hetzel, J. 1845-1846. *Le Diable à Paris. Paris et les parisiens: mœurs et coutumes, caracteres et portraits des habitants de Paris, tableau complet de leur vie privée, publique, politique, artistique, littéraire, industrielle, etc., précède d'une histoire de Paris par Teophile Lavallée*. 2 vols. Paris: J. Hetzel.

- Kalmanovitz, Salomón. 2003. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Nueva edición, corregida y aumentada. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- . 1992. "El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia". En: Varios. *Manual de Historia de Colombia*. T. 2. Bogotá: Procultura S. A.—Tercer Mundo Editores, pp. 211-324.
- Levin, Harry. 1963. *The Gates of Horn; A Study of Five French Realists*. New York and Oxford: Oxford University Press.
- Lyon-Caen, Judith. 2006. *La Lecture et la Vie: Les usages du roman au temps de Balzac*. Paris: Tallandier.
- Llano Isaza, Rodrigo. 2005. *Los draconianos. Origen popular del liberalismo colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Martínez, Frédéric. 2001. El nacionalismo cosmopolita. *La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Martínez Garnica, Armando. 2005. "Los liberales neogranadinos frente al ejército permanente". *Boletín de Historia y Antigüedades*, 830, pp. 585-622.
- Maya, Rafael. 1982. "La Manuela y el criollismo colombiano". *Obra crítica*. Bogotá: Ediciones del Banco de la República, I, pp. 265-276
- Morris, Pam. 2003. *Realism*. London – New York: Routledge.
- Pavel, Thomas. 2005. *Representar la existencia. El pensamiento de la novela*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Pintos de Cea-Naharro, Juan Luis. 1995. "Orden social e imaginarios sociales (Una propuesta de investigación)". *Papers*, 45, pp. 101-127.
- Pombo, Lino de. 1845. *Recopilación de leyes de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Zoilo Salazar.
- Prendergast, Christopher. 2003. *For the People by the People? Eugène Sue's Les Mystères de Paris. A Hypothesis in the Sociology of Literature*. Oxford: Legenda-University of Oxford.
- Samper, José María. 1953. "Discurso de recepción en la Academia Colombiana". *Selección de estudios*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la Revista Bolívar, pp. 167-200.
- . 1881. *Historia de un alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea escritas por José María Samper. 1834 a 1881*. Bogotá: Imprenta de Zalamea Hermanos.
- Sánchez, Efraín. 1999. *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Co-gráfica de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República / El Áncora Editores.

- Sheon, Aaron. 1984. "Parisian Social Statistics: Gavarni, *Le Diable à Paris*, and Early Realism". *Art Journal*, 2, pp. 139-148.
- Shroeder, Maurice Z. 1967. "Balzac's Theory of the Novel". *L'Esprit Créateur*, 1, pp. 3-10.
- Stowe, Richard S. 1976. *Alexandre Dumas père*. Boston: Twayne Publishers.
- Uricoechea, Ezequiel. 1874. "Bibliografía colombiana. Apéndice". *Revista Latino-Americana*, pp. 1-48.
- Valera Jácome, Benito. 1987. "Evolución de la novela hispanoamericana del siglo XIX". En: Iñigo-Madrigal, L. (Coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana. II: Del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid: Ediciones Cátedra, S. A. pp. 91-133.
- Velandia, Roberto. 2005. *Enciclopedia histórica de Cundinamarca. El departamento – Siglo XIX*. Tomo 1, Volumen 2. Bogotá: Editora Guadalupe.
- Vergara Vergara, José María. 1866. "El señor Eujenio Díaz". En: Varios. *Museo de cuadros de costumbres i variedades*. Bogotá: Imprenta a cargo de F. Mantilla. pp. 163-168.
- Vergara i Vergara, J. M. 1858-1859. "Manuela, novela orijinal de Eujenio Díaz. Prólogo". *El Mosaico*, 1-2, pp. 8, 16.

LA VISIBILIDAD DE LO INDÍGENA O LA INDEPENDENCIA DE PENSAMIENTO DE EUGENIO DÍAZ CASTRO EN *MANUELA**

Raúl Neira
Buffalo State College

Recibido: 23/03/2011 Aceptado: 13/04/2011

Resumen: Díaz Castro denuncia en *Manuela* la posición que la élite neogranadina había adoptado sobre el indígena como miembro de la sociedad que se deseaba conformar, ubicándolo entre la antigüedad y la alteridad. Con su representación narrativa sobre esta situación, explicita la grave problemática social que enfrentaba la Nueva Granada al continuar con la injusticia y el desequilibrio social; así reclama la necesidad de efectuar cambios legales y sociales.

Palabras clave: Eugenio Díaz Castro, *Manuela*, Indígena, Patrimonio nacional, Realidad inalienable, Problemática cultural, Integración social.

* Este artículo se realiza en el marco del proyecto de investigación: "Literatura y Sociedad en Hispanoamérica" dirigido por Flor María Rodríguez-Arenas de Colorado State University, Estados Unidos.